

## CAPITULO VII.

## LOS HEROES DE LA SEGUNDA LINEA.

## I

La mañana del 31 de Marzo salieron los cónsules extranjeros á tener una conferencia con el General en jefe de la expedición, para conseguir que sus familias saliesen de la plaza, porque el estrago de las bombas se hacía sentir en los niños y mujeres más bien que en los reductos.

Multitud de personas se agrupaban por el lado de San Javier en espera de los emisarios: el fuego se había suspendido por algunos momentos.

Entre aquella turba que deseaba salvarse, estaba Felipe Cuevas con su estuche de medicina.

—¡Hola, doctor! le gritó Pablo Martínez, ¿en qué número se cuenta usted, en el de los niños ó en el de las hembras?

—En ninguno; mis servicios son necesarios en el ejército del centro.

—Aquí está el centro de los balazos, y no lo dejo salir á usted aunque lo mande el General en jefe.

—Señor capitán, ese es un atentado horrible, yo voy á ejercer mi alta misión á Ocotlán.

—¿Va usted á curar al vigía?

—No faltará á quien aliviar sus dolencias.

—Pues amigo mío, usted no pasará las trincheras, dígalo al Comandante Antonio González, que viene ahí en su *clavileño*.

—Presente, replicó González; ¿de qué se trata?

—De que el señor trata de escaparse.

—Corrija usted esa palabra, señor capitán, aquí, nadie habla de escapatorias.

—¿Cómo es eso? Tú no nos abandonarás, necesitamos morir juntos, ya está dispuesto todo en Santa Inés; el coronel Auza nos manda, y veremos quién mata á quién.

—Yo no estoy aquí para pelear, sino para atender á los heridos; conque vayan dejando plaza á la medicina.

—No hay más plaza que la de Santa Inés.

—Déjenlo salir, dijo una vieja; el señor es muy buen médico, él curó á mi esposo, que de Dios goce.

—Así están todos sus enfermos, gozando de Dios, porque no deja uno á vida.

—Siempre los mismos, exclamó Felipe Cuevas, ya sé que todo es broma.

—Así parece; ya verás cuando ataquen los *gabachos*.

—No, no lo quiero ver, hoy mismo he estado á punto de ser muerto por esos bandoleros; metieron una bomba en el hospital, la fortuna mía fué no estar allí en esos momentos; pero si me he encontrado en el lugar donde cayó la bomba, me aplasta como ratón.

—Mira, Felipe, dijo González, á los cobardes son á los que buscan las balas.

—Puede ser; pero si ese adagio fuese cierto, ya estaría en el camposanto; yo les confieso que no he nacido para la guerra, este espectáculo me molesta muchísimo, no sabía todo el amor que se le tiene á la vida hasta ahora que la veo peligrando, así es que yo necesito salir de la plaza á todo trance.

—Tiene razón, dijo la vieja, no todos nacemos para héroes, y cada uno es dueño de su miedo.

—No hay quien lo niegue, respondió Martínez, y este doctor es capaz de desmoralizar á todo el ejército.

—Creo que sí, porque el corazón se me sale por la boca á cada cañonazo, y hasta rezo; figúrense ustedes que en Nueva York nunca presencié un combate, yo sólo entiendo de duelos, y de cognac, y de naufragios; pero eso de resistir á todo un ejército, no está en mis convicciones.

—Ni en las nuestras, dijo Martínez; pero el caso es que lo resistiremos, y que usted estará á nuestro lado como buenos amigos que somos.

—Yo no soy amigo de nadie, yo soy estudiante y nada más.

—Yo también lo soy, y me bato.

—Sí, pero será por tu voluntad.

—Pues saldrás de Puebla, pero cuidado con ir después á contar heroicidades.

—Yo prometo referir solamente las de ustedes.

—No deje usted de contar la muerte de mi esposo, que estuvo muy bien dispuesta, señor doctor.

—Este Felipe va á tener por clientes á todas las casadas de la población.

—No hagan ustedes aprecio de las vulgaridades; su esposo de la señora ha muerto de catarro agudo, no lo pudo salvar ni la amputación de la nariz, fué un caso preciso.

—No es mal catarro el que producen las bombas francesas, Un rumor se alzó de aquella multitud agrupada en la avenida principal de la garita.

Los cónsules entraban en la plaza, trayendo la fatal noticia de que el General Forey no permitía á las familias que saliesen de Puebla.

Este rasgo de barbarie fué el prólogo de esa historia de horrores cometidos en nuestro suelo por el ejército francés.

## II.

Grandes pérdidas había costado á los invasores la toma del primer reducto; pero la plaza iría cayendo por secciones. ¿Cuál era el plan en aquellos momentos de conflicto? ¿Qué objeto había en sacrificar á aquel valiente ejército, haciéndolo morir hora por hora, hasta el día aciago en que los franceses completaran su victoria?

La defensa *pasiva* era la derrota; morir matando era la única esperanza de aquellos héroes, dejando sus cuerpos sobre el *lignum* del martirio como un ejemplo de abnegación al porvenir.

La bandera sería tomada cuando no hubiera un solo brazo que la sostuviese, la plaza se envolvería en los pliegues de su estandarte, como la mortaja gigante que debía cubrirla en sus últimos momentos.

Los generales cuya opinión no podía ser sospechosa, propusieron á Ortega romper el sitio, aventurar una batalla y salir al fin de aquella situación insostenible, toda vez que estaba rota la primera línea de defensa.

Ortega no accedió á aquella nacional y patriótica demanda, salvadora del ejército de Oriente, y entonces se tuvo que apurar el cáliz de la desgracia y resignarse á quedar sepultados bajo los escombros de Zaragoza.

El 1.º de Abril la división Berriozábal recibió orden de entregar á otras fuerzas republicanas los fuertes de Loreto y Guadalupe y ocupar algunos puntos importantes del perímetro de la plaza, entre ellos el convento de San Agustín y puntos avanzados.

La división se componía de las magníficas brigadas de Toluca, Jalisco y Oaxaca, á cuyo frente se encontraba el General Porfirio Díaz.

El 2 de Abril, los franceses, después de un formidable ataque, habían ocupado el Hospicio, y situado en las puertas dos piezas rayadas que jugaban sobre las manzanas avanzadas de San Agustín, punto defendido por el General Díaz.

Durante todo el fuego sin interrupción, las mencionadas piezas estuvieron batiendo, con el objeto de abrir brecha para lanzarse los zuavos al asalto.

El General Díaz se ocupó, con indecible actividad, en preparar la defensa interior de la manzana que se le había confiado.

Sus soldados hacían el oficio de zapadores, y todo el frente que daba al enemigo estaba lleno de escombros y tierra, presentando una gran dificultad para practicar su brecha.

El patio interior, que seguía á la muralla de tierra, estaba ya preparado para esperar en él un sangriento combate.

Un profundo foso lleno de agua estaba al pié de un parapeto levantado con sacos de tierra, elevándose á una tercera parte del patio, hacia el fondo, punto opuesto á la entrada por donde el enemigo tenía que pasar sobre la brecha.

Los corredores bajos estaban también parapetos para fuegos de fusilería, que se cruzaban perfectamente con los del frente del parapeto, en el que se hallaba una pequeña tronera donde estaba situada una pieza de montaña.

Las galerías de arriba estaban igualmente parapetadas; algunas paredes avanzadas se habían artillado para la defensa.

Los trabajos todos se estaban terminando, y las fuerzas dispuestas para el combate.

El general Díaz parecía estar satisfecho, y esperaba que sus soldados no desmentirían su acreditado valor y patriotismo.

Pasóse el día en expectativa: á las seis de la tarde la artillería francesa abre implacable la brecha con sus proyectiles.

En el fondo del patio del Hospicio se deja oír esa gritería de los franceses que precede al asalto, aquella es la última plática de batalla.

La noche caía y los fuegos continuaban con más vigor.

A las ocho de la noche se suspende aquella tempestad; el General Díaz manda á sus soldados armar la bayoneta porque la hora del asalto había llegado.

Dos ó tres veces intenta tapar la brecha; pero es imposible, aquello está desmantelado.

En medio de la oscuridad y sobre el escombros, se ven los cadáveres de los soldados de Oaxaca, que habían caído al colocar los gaviones á treinta varas del enemigo.

El silencio se prolongaba, la hoquedad de la brecha era horrorosa. Por ahí debían pasar los asaltantes, aquella crátera debía devorarlos.

De súbito el clarín de los zuavos se oye en el interior del Hospicio, y momentos después los hurras y vivas al Emperador y á la Francia.

Más de mil zuavos se lanzan á la calle, atraviesan su latitud como la corriente de una venida y penetran por la brecha.

Una bomba colocada sobre el escombros hace explosión en los momentos en que los primeros franceses pisan aquel sitio siniestro.

La mina hace su efecto y el enemigo sigue pero sigue demoralizado sobre el camino de la brecha, creyendo volar á cada paso.

Después de la rápida y pasajera luz que iluminó aquella vía, todo se undió en la más densa oscuridad; sin embargo avanzan y llegan á la descubierta del patio, cuando derepente caen de lo alto una multitud de luces verdes y encarnadas; son los fuegos de Bengala que los ingenieros mexicanos lanzan

sobre las ruinas para ver al enemigo y deslumbrarle con aquella luz tórrida y perderla.

Hermoso es el espectáculo! El enemigo se aprovecha de aquella luz para reconocer el terreno, sabe que le acechan, que marcan su posición los sitiados, sufre los horribles fuegos del contorno del patio y busca una salida, un sitio por donde batir á su adversario.

En medio de aquel fulgor siniestro se veían las *calottes* de los zuavos y sus vestidos rojos.

El enemigo trae su bandera marcada con el número tres, y junto de ella aparece la arrogante figura del clarín tocando ataque.

El fondo del patio, los corredores y los pasillos superiores están envueltos en una obscuridad bien calculada, mientras que el enemigo está inundado de luz, la luz de las antorchas con que los reciben los huéspedes.

Caen las ráfagas luminosas, los mexicanos observan á su enemigo y rompen sus fuegos mortíferos.

La pieza de montaña está oculta, la tronera por donde va á romper sus fuegos cubierta por algunas faginas que vuelan al primer disparo. La metralla lanzada del parapeto del fondo, es como la seña fatal, y una nube de fuego de fusil atruena el recinto y detiene á los asaltantes.

Los zuavos se rehacen y avanzan sobre los cadáveres de sus compañeros, tropezando con el escombros que ha esparcido el proyectil de brecha.

Un oficial de ingenieros viene á la cabeza, y ya llega con el grueso de los zuavos al fondo del patio, cuando otro oficial de zuavos se le adelanta con su compañía; el parapeto iba á ser tomado, cuando se ve entre una tormenta de fuego y en el centro de sus soldados á Porfirio Díaz, como el dios de la guerra: su rostro ennegrecido por la pólvora y la tierra, presenta un aspecto sombrío, á la luz pálida de las llamas de Bengala.

El momento es decisivo y terrible; el general está al pié de la pieza, se precipita sobre los artilleros, toma él mismo la *pio-la*, se oye el chasquido del cápsul sobre el bronce del óbus y.... el tiro no sale.

El enemigo, que observa aquel contratiempo en medio del reflejo que arrojan los disparos del fusil, se precipita clamando: ¡Adelante! ¡á la victoria!

En aquel momento angustioso y solemne, un oficial de artillería salta de súbito al lado de Porfirio Díaz, coloca un nuevo cápsul en el óbus, entrega la cuerda al general, y esta vez el tiro á metralla sale quemando al enemigo y haciendo desaparecer á dos oficiales de vanguardia.

—¡Ahora á mí soldados de Oaxaca! gritó Porfirio Díaz, y arrebatando la bandera, brinca el foso y parapeto, y al toque

de ataque de los Oaxaqueños, carga á la bayoneta y arroja á los zuavos de la brecha, y los hace replegar á sus posiciones del Hospicio, rechazados y en dispersión.

Aquella escena fué terrible, el colorido de la luz de Bengala daba un tono siniestro y romancesco á las ruinas donde tenía lugar el drama de devastación y de matanza.

Si alguien se hubiese asomado á aquellos corredores, le hubiera parecido la llegada de dante á las puertas del infierno.

### III.

El 6 de abril las operaciones del enemigo comenzaron por el costado del Hospicio que da frente á la manzana de la *Estampa*.

Después del frustrado ataque á los puntos defendidos por el General Díaz; ya nada intentaron sobre aquellos lugares, y todos sus trabajos se dirigieron á batir la referida manzana de la Estampa. Aquel sitio estaba ocupado por fuerzas de Veracruz á las órdenes del valiente Llave.

El batallón de Tuxpan se encontraba allí auxiliado por los batallones de Veracruz y Huatusco, á las órdenes de González Paez y el hijo de Veracruz, con Sánchez á la cabeza y el denodado Luis Terán.

Todo el día los fuegos de brecha batieron el reducto: á las cuatro de la tarde ya estaba derrumbado el frente del edificio, por donde se iniciaba un nuevo asalto.

El General Llave trabajaba en persona con sus soldados en las fortificaciones interiores de la manzana, lo ayudaba el ingeniero Foster, y preparaban como el General Díaz, las fortificaciones en el patio; pero no les había sido posible concluir las por falta de tiempo, y porque la parte donde se hacían aquellos trabajos era sumamente estrecha y reducida.

El frente que daba al costado del Hospicio había sido preparado con rellenos de tierra y escombros. Las piezas ó cuartos que seguían al frente por donde debía entrar el enemigo, estaban sin pisos y con una profundidad de más de tres metros; pues la tierra se había extraído para rellenar los parapetos y demás obras; pero como los soldados tendrían de pasar por allí, el ingeniero Foster colocó tablas que figuraban pisos; al mismo tiempo serían batidos en los flancos por fuerzas colocadas al efecto.

La tarde comenzaba á caer entre niebla: desde las cinco había comenzado una lluvia débil pero constante; el piso de las calles estaba resaladizo; un viento húmedo se hacía sentir más penetrante á medida que la noche avanzaba.

Los valientes soldados de Veracruz con su General á la cabeza, esperaban en sus puestos al enemigo sobre los escambros, porque el fuego de brecha había derribado el lienzo que daba al frente del Hospicio.

A las siete de la noche cayó la barda tras la que trabajaban los ingenieros. Al desplomarse aquellas ruinas cediendo al poder de la artillería, una nube de piedras, ladrillos y tierra envolvió al valiente general Llave, que salió herido y cubierto el rostro y el vestido con el polvo y caliche de las ruinas.

Estaba rodeado el General de sus oficiales que le examinaban cuidadosamente sus heridas, cuando se oye la algazara de los franceses, y un instante después ya están sobre la brecha, y penetran sobre aquel puente falso preparado por el ingeniero Foster.

Como el movimiento había sido rápido, aquella multitud lanzada entre las sombras, cae incauta en los fosos y lanza alaridos y gritos desesperados, porque las tropas mexicanas hacen fuego sobre el abismo.

El resto de la columna ignora en medio de las tinieblas lo que pasa á sus compañeros, y retrocede instintivamente ante un peligro desconocido.

Mientras pasaba esta escena en el lado derecho de la brecha, quinientos zuavos del tercer regimiento habían logrado penetrar hasta el pequeño patio donde estaba el general Llave y simultáneamente á derecha é izquierda se rompe un fuego nutrido y asolador, pero en vano, porque el fuego no detiene á los asaltantes, que llegan hasta cruzar sus marrazos con las bayonetas de los mexicanos,

Los soldados de Tuxpan se batían con Galindo á la cabeza, con Galindo que cae muerto atravesado el pecho por el filo cortante de un marrazo por un golpe libre de esgrima á la balloneta.

Otros oficiales caen también en la arena; el comandante Robleda arroja sin cesar granadas de mano sobre el enemigo hasta que uno de esos proyectiles se le incendia al dispararlo, hace su explosión y pierde las dos manos recibiendo fuertes heridas en el rostro.

La lucha es sangrienta por todas partes; ya los soldados de Tuxpan vacilan en medio de la matanza cuando aparece el general Llave con los soldados del Fijo y Rifleros de Veracruz y en medio de la tormenta de fuego y de exterminio, deja oír su acento poderoso ¡Viva México! ¡Viva la Independencia! ¡Mueran los franceses! Y con su espada brillando como un rayo se lanza á la pelea, seguido de Terán y de otros bravos oficiales, mezclándose con el enemigo, luchan cuerpo á cuerpo, restablécese la moral y la lucha es incierta.

Los zuavos se detienen, pero no retroceden; suena el clarín francés tocando *retirada*, y á esa señal el General Llave-

torna con más brío á la carga con indecible esfuerzo y los zuavos huyen, dejando en el campo los heridos y cadáveres de sus compañeros.

Llave con los soldados de Veracruz, avanza hasta dejar por completo fuera de la brecha á los franceses.

Los zuavos, que han caído en los fosos preparados por Foster en la parte izquierda de la manzana, á pesar de su situación se baten y rehusan rendirse á los mexicanos. Lalane, el capitán Casarín y Luis Terán están sobre el enemigo y lo gran que aquellos desgraciados se rindan.

Sale del foso el teniente que había caído con más de la mitad de su compañía y se entrega prisionero con sesenta zuavos del tercer regimiento.

Toda la línea toca diana y la noticia de aquellos triunfos es solemnizada por el ejército.

Llave y Porfirio Díaz son los héroes de esa jornada, y sus nombres son saludados por los valientes hijos de la República en una tierna y ardorosa expansión de patriotismo!

## CAPITULO VIII.

### DE LO QUE CUENTA LA HISTORIA SOBRE EL ASALTO DE LOS FRANCESES A SANTA INES.

#### I.

El 20 de Abril de 68, las fuerzas francesas que operaban sobre la plaza habían logrado penetrar por algunas manzanas entre los puntos del Carmen y de San Agustín.

El convento de Santa Inés se encontraba entre estos reductos improvisados, formando los tres una línea perfectamente fortificada.

Las fuerzas de Jalisco ocupaban San Agustín. La huerta había sido convertida en una plaza de combate, en el fondo de ella y por la vía que debían atravesar los asaltantes, se elevaba un parapeto, donde estaban establecidas tres piezas de montaña.

Al pié del parapeto estaba un ancho foso que tenía en su lecho algunas minas de bomba y otras de pólvora sobre el *glásis*.

Las paredes laterales en el interior de la huerta habían

sido derruidas, y con sus escombros hechas trincheras para la colocación de fuerzas que hirieran de flanco á quema-ropa á los asaltantes.

Inmediata al convento seguía la manzana del *Pitimí*, contigua al convento de Santa Inés; dicha manzana estaba igualmente fortificada por los ingenieros Troncoso y Ramiro, y la defendían los valerosos cuerpos de Toluca, distinguiéndose el segundo regimiento, al mando de Padrés, por estar al frente del enemigo.

Santa Inés, puesto en tren de defensa por Mariscal, estaba perfectamente artillado, tanto en su parte interior como en la exterior.

Las infanterías de Zacatecas tendrían el honor de los combates sobre aquel formidable reducto.

En la huerta se colocaron los batallones tercero y cuarto de aquella división, y toda la fuerza estaba al mando del valiente Coronel Auza.

Seguía el convento del Carmen, y las dos manzanas intermedias entre este punto y Santa Inés, habían sido fortificadas por el Coronel de ingenieros Carlos Gagern, y presentaban un aspecto tan serio, que los franceses no intentaron trabajo alguno sobre aquellos reductos.

Ghilardi, al frente de las fuerzas de Zacatecas, defendía los puntos mencionados.

Decididamente á aquella división le tocaba su día en esa historia sublime de abnegación y patriotismo.

Cerca de estas líneas, y como en acecho, se encontraba la división de reserva de Negrete, parecía multiplicarse.

Dos minas que partían, la una del convento de San Agustín y la otra de una de las manzanas que ocupaban las fuerzas de Veracruz, hicieron un efecto formidable en las fuerzas invasoras que se acercaban tenazmente á las posiciones.

Por la parte de la Merced había intentado el enemigo varios ataques; pero fué rechazado por Antillón con aquellos restos heroicos de la división de Guanajuato y las tropas de reserva.

El fuerte de Santa Anita, mandado por Hinojosa, era hostilizado de continuo, hasta que el General hizo una salida violenta y atrevida, y arrojó á los franceses hasta su campamento.

El fuerte de Guadalupe también era amagado y sus cañones tenían que jugar sobre las fuerzas que lo inquietaban.

*Ingenieros y Zaragoza* permanecían en continuo movimiento, batidos por batería rayada de á doce, colocada en el cerro del Tepolzcúchil y que había causado algunos estragos en ambos fuertes.

Patoni, con las fuerzas de Chihuahua y Durango, se sos-

tenía en *Ingenieros*, desesperado de que los franceses no emprendieran un ataque formal sobre el reducto.

Los zuavos, con su sistema de avance; construyendo fosos, habían llegado hasta la garita de Teotimehuacán, practicando igual operación los cazadores de Vincennes, enfilando los fuertes del *Carmen é Ingenieros*.

He aquí la actitud que presentaba la plaza Zaragoza hasta esa fecha avanzada.

## II.

El día 25 por la mañana se notaba una grande actividad en los campamentos, parecía que algún incidente venía á despertar el entusiasmo que se amortiguaba con las vigiliias y constantes trabajos:

El ataque no estaba aún determinado por el enemigo, las manzanas que daban su frente á San Agustín, Santa Inés y el Carmen, se poblaron de infanterías francesas.

Por los parapetos que habían levantado en las calles, establecieron su artillería, y en los balcones y ventanas de los edificios se veían parapetados á los cazadores de Vincennes, el 18 de cazadores de á pie y otros á cuerpos de tiradores, mientras que en el interior se encontraban los zuavos y tropas de línea prontas para el asalto.

En la manzana del *Pitimí* practicaba el ingeniero Sánchez Ochoa una obra subterránea, era una contramina, pues los ingenieros franceses tenían el túnel de una mina que haría su explosión en el *Pitimí*, resguardado por el segundo de Toluca.

Se hacían perceptibles los trabajos del enemigo que se dirigían al convento de Santa Inés, que Mariscal intentaba cortarles.

A las cuatro de la tarde, el jefe de ingenieros reconoció sus trabajos y el avance subterránea del enemigo, que era ya tan marcado, que dicho jefe resolvió no separarse de allí hasta la conclusión de sus obras.

A las seis de la tarde, el ingeniero sale vivamente inquieto de aquel recinto, hace llamar al Coronel Padrés y le dice: "todo está perdido, los franceses tienen terminado su túnel y crucero y en este momento cargan sus minas; cuyos hornillos están bajo nuestros pies, retire usted inmediatamente á la tropa, sitúela usted en el tercer patio, porque el fuego va á estallar y tendremos en seguida el asalto; voy á dar parte al cuartel general."

Ochoa vuelve á la media hora al patio del *Pitimí*, obser-

va que sus órdenes no se han cumplido, insiste en que la tropa está sobre un cráter.

Entonces los soldados, ignorando el peligro que los amenazaba, comienzan á abandonar el patio.

Quedaban algunos soldados del segundo de Toluca en el túnel que trataban de practicar los ingenieros, cuando dos minas que contenían más de cuatro quintales de pólvora hacen su explosión.

La ciudad se estremece como sacudida por un terremoto, sus piedras y escombros que arrojan tan terribles explosiones, caen deseminados en todas direcciones, lo mismo que algunos fragmentos de armas y restos humanos enteramente deformes.

Aquel estallido es la señal de mando en el asalto.

El patio es un montón de ruinas, las paredes todas han cedido á tan formidable estrago, y de los soldados del segundo de Toluca han desaparecido entre los escombros y el fuego *ciento sesenta!*

Oyense los lamentos que parecen exhalar de aquellas piedras desmoronadas.

Las paredes siguen derrumbándose sobre los moribundos y un humo denso flota sobre el campo de aquella catástrofe.

Al estallido de aquella erupción, responde el clarín de los zuavos y su algazara; la turba de brecha avanza en medio de la oscuridad, trepando sobre los escombros y sobre los cadáveres y atropellando á los heridos.

Sucede un silencio aterrador, los zuavos caminan con el oído atento y en actitud de desconfianza; parece que los defensores del fuerte han desaparecido.

Llegan los franceses al segundo patio seguros de su victoria, cuando una descarga á metralla les avisa que su enemigo se conserva sereno en sus posiciones.

Una nube de granadas de mano cae entre los asaltantes, haciendo un estrago espantoso, las llamas azuladas y rojas alumbran todo el recinto, el terreno está iluminado por pabellones de fuego como los de las auroras boreales en las regiones del polo.

Entonces se perciben claramente á algunos soldados heridos, que apoyados en las piedras del muro, hacen fuego al enemigo, quitando el parque á sus compañeros que yacen muertos entre la tierra.

Ese cuadro sublime entusiasmo á los mexicanos, aquellos restos ensangrentados se arrastran aún sobre los escombros á disparar su último cartucho, esta acción va más allá de la heroicidad, el mundo no ha inventado la palabra para expresar en el lenguaje humano rasgo de tanto valor y patriotismo.

Los asaltantes se detienen ante aquella defensa inesperada, los fuegos de fusilería los diezman; pero no retroceden, dispa-

ran sin cesar, y ya en los momentos de la derrota llega en su apoyo una columna de zuavos; entonces lanzan hurras de entusiasmo, y entre la tempestad del fuego y sobre las granadas de mano avanzan á la bayoneta.

Los heroicos soldados de Toluca le salen al encuentro y cruzan sus bayonetas; pero el número es inferior y ya ceden á los golpes múltiples de sus adversarios, cuando se escucha el grito de ¡viva México! ¡mueran los franceses!.....Eran Padrés y el ingeniero Ochoa, Berriozábal y Camaño con fuerzas de Toluca y parte de la división de Jalisco.

Toluca, el inmortal Toluca, quiere vengar á sus hermanos, y Jalisco se octenta como siempre indomable y heroico en el combate.

Renúevase la lucha, y en un empuje desesperado y gigante, arrojan los franceses fuera de la brecha, gozándose en la matanza; la sangre corre á torrentes y los combates personales son por ambas partes heroicos.

El enemigo vuelve diezmando á sus posiciones.

### III.

Generalizóse el fuego en toda la línea y los morteros no cesaron de arrojar bombas durante la noche sobre la ciudad.

Así pasó el resto de aquella noche siniestra, que precedió al asalto de Santa Inés.

Llegó por fin el 25 de Abril, día fecundo en acontecimientos históricos y que la patria recoge en el gran libro de sus glorias.

Los clarines de todas las líneas y puestos avanzados tocaban dianas saludando los primeros albores del día, el viento sacudía las últimas gasas de la noche, y el crepúsculo esmaltaba las montañas y dibujaba la ciudad en el fondo del horizonte.

Los soldados que ocupaban el convento de Santa Inés, habían trabajado incansablemente las obras interiores del fuerte, porque el ataque se iniciaba de una manera terminante por aquel punto.

Desde la tarde anterior se percibían las obras subterráneas del enemigo que adelantaban considerablemente; el ruido de perforación no había cesado en toda la noche.

El Coronel Miguel Auza en persona, activaba los trabajos, teniendo por compañeros á González Cosío, Sánchez Román que mandaba uno de los batallones que defendían el punto, y toros jefes de Zacatecas.

Serían las cinco de la mañana, cuando la ciudad se vuelve

á estremecer, y se estremece al estallido de cuatro minas, que casi simultáneamente hacen su explosión.

Aquella erupción despide á gran altura hombres y escombros; las tapias de Santa Inés habían desaparecido, sus ruinas están diseminadas y la calle que dá al frente del enemigo obstruida completamente.

El interior de la huerta tiene un aspecto aun más sombrío que la manzana del *Pitiminí*.

Al hacer la explosión, más de sesenta soldados quedaron muertos entre las ruinas, algunos heridos se arrastran con las piernas despedazadas, y otros, casi en agonía, claman por unirse á sus compañeros y morir al pié de su bandera.

Tres piezas de artillería están desmontadas en el centro de de la huerta.

Los hijos valientes de Zacatecas no se desmoralizaron ante aquella catástrofe espantosa; saltan sobre los escombros en busca de su Coronel que ha desaparecido, lo buscan entre las ruinas y el humo denso de la pólvora que flota sobre aquellas piedras amontonadas.

De repente un alarido de despecho se deja oír en un grupo de soldados; acude la multitud y encuentra al Coronel Auza con el rostro sombríamente sereno, y pugnando por salir de entre los escombros donde estaba enterrado; parecía una de esas figuras majestuosas del Juicio Final de Miguel Ángel que van saliendo de la tumba.

— ¡Viva México! exclama con voz terrible, y se desploma en el suelo ensangrentado.

Los soldados lo toman en sus brazos y lo sacan de aquel lugar siniestro en medio de un torbellino de fuego que juega sobre el edificio.

#### IV.

Sigue implacable el fuego de brecha para abrir paso entre las ruinas á los asaltantes.

El teniente coronel González Cosío cubre con nuevos refuerzos de Zacatecas las bajas tenidas por la explosión.

Las ambulancias recogen á los heridos, y algunos zapadores extraen de los escombros los cadáveres y los moribundos que aun se agitan en el último estertor de la muerte.

Por todas partes hay fragmentos humanos y algunos de ellos han sido arrojados hasta la plazuela del Carmen.

Al frente del edificio los franceses han establecido una batería rayada que abre sus fuegos poco después de la explosión. Aquella batería está oculta y parece incrustado en el muro

del edificio; sus tiros son incesantes, mientras que todas las paredes adyacentes están cubiertas de aspilleras, los baluartes y azoteas parapetados, dominante el punto objetivo del ataque y los flancos del convento del Carmen.

La plaza está en alarma: las torres, los edificios y parapetos están cubiertos de soldados.

Porfirio Díaz ha ocupado con fuerzas de Oaxaca el punto de San Agustín, y en la manzana del *Pitiminí* yacían firmes los de Toluca, en espera del enemigo.

El Carmen continuaba á las órdenes de Ghilardi, ayudado por el hábil Coronel de ingenieros Carlos Gagern.

Berriozábal acudía á todos los puntos ocupados por la fuerza de su división.

Serían las nueve de la mañana, y el fuego de brecha continuaba con más ardor: los estragos eran inmensos y abrían una ancha huella más allá de los destrozos recientes de las minas.

De vez en cuando salían por uno de los lados contiguos á la batería uno ó dos oficiales de ingenieros acompañados de los zapadores á reconocer la brecha y decidir si estaba terminado el trabajo de los artilleros y lanzar á los zuavos al asalto.

En la esquina de San Agustín, y á dos cuerdas de distancia del lugar donde el enemigo había colocado las piezas que batían á Santa Inés, se elevaba un fuerte parapeto en el que estaban establecidas dos piezas de batalla y dos obuses de á veinticuatro, dirigidos por el capitán Platón Sánchez, quien se encontraba ya restablecido de sus heridas.

Aquellas piezas batían constantemente las manzanas ocupadas por los franceses, y estaban destinadas á cruzar sus fuegos á metralla por toda la calle que venía perpendicular al punto por donde debían salir los zuavos al asalto.

La artillería enemiga ya comenzaba á dismantelar el parapeto sostenido por Platón Sánchez; era necesario su reparación.

Entonces Sánchez Ochoa y el General Alejandro García saltan la trinchera seguidos de los artilleros, y el capitán de Oaxaca Rincón toma un rifle y se encara al enemigo con un denuedo inimitable.

El merlon se prepara á toda prisa, mientras el bravo y arrojado capitán sigue disparando sobre él una lluvia de balas.

Cuando ya el parapeto estaba reparado en lo posible, una bala atraviesa el pecho á Rincón que cae revolcándose en su sangre.

Los soldados lo levantan, y Porfirio Díaz recoge las últimas palabras de aque héroe.

## V.

Daban las diez y cuarto y los obuses entraban en batería sobre el parapeto: los artilleros tienen en su mano las cuerdas adheridas á la cápsula; hay un momento solemne de silencio. Cesa el fuego repentinamente; un jefe de ingenieros francés atraviesa en dirección á Santa Inés seguido de algunos oficiales y soldados: óyese la gritería de ordenanza entre los zuavos y más de mil franceses desembocan en dirección á la derecha, cuando los obuses cargados á metralla barren y arrasan á la columna; el fuego de los balcones se empeña con furor, los soldados de Oaxaca y Jalisco lanzan al aire sus *schacós* y prorrumpan en vivas á la patria.

No cesan los disparos en la calle transversal; el general Díaz anima con su presencia á los soldados, y Berriozábal dispara él mismo los cañones, animando el combate con sus gritos de campaña.

El general García lleva una batería que establece por las manzanas del Carmen, para atacar de flanco al enemigo, y Manuel Inclán lleva en persona parque y piezas de montaña, y penetra animoso en el convento de Santa Inés.

Negrete acude con la reserva, en la que se distingue Juan Ramírez con los soldados de Puebla y dos cuerpos más de Zacatecas, y el valiente Gagern al frente de los Zapadores.

Se oye en el interior del convento un fuego horrible de fusilería, acompañado de disparos continuos de obuses de montaña y explosiones de granadas de mano.

La columna primera de ataque es reforzada, porque el fuego le ha causado grandes estragos; penetra á Santa Inés con un arroyo desesperado; marcando su tránsito con un reguero de sangre y de cadáveres.

El general Douay reforza más y más la columna de zuavos, y prepara á los cazadores para el momento supremo.

Luego que los zuavos se ponen sobre la brecha, los arrogantes cuerpos de Zacatecas les disputan el terreno á la balloneta con indomable furia.

La vanguardia se detiene y ataja el avance de la segunda columna, los zuavos hacen un esfuerzo desesperado; los batallones de Zacatecas vacilan á su vez, porque su número es inferior con mucho al enemigo; pero no ceden el terreno sin mezclar al torrente de su sangre la de los franceses, que pelean con encarnizamiento.

Ya los zuavos se han posesionado de la mitad del edificio, y sus clarines saludaban á la victoria, cuando penetran como un golpe de huracán otros batallones de Zacatecas, cuyo honor se empeña con heroísmo en aquel punto; Palacios y Ghi-

raldi están á la cabeza. Sigue el denodado Gagern con sus Zapadores y Juan Ramírez con los hijos de Puebla, y comienza un ataque á la bayoneta al grito unánime de: ¡Viva México! ¡Viva la Libertad!

Allí se disputaba el triunfo más costoso en las escenas todas del sitio; aquel cuadro no podrá pasar nunca á los lienzos, del artista, ni á la pluma del escritor.

Entre aquel tumulto de sangre y de matanza, hay un hombre predestinado á grandes acontecimientos, y á quien reserva el destino para el drama solemne de Querétaro; aquel hombre era el general Escobedo.

## VI.

Para distraer la atención de los mexicanos, el enemigo ataca toda la línea, amagando sin cesar los puntos adyacentes.

En el *camposanto* pasa una escena terrible; las granadas comienzan hacer explosión sobre los nichos y á descubrir las tumbas y regar aquellos restos en descomposición. Los gases comienzan á emponzoñar la atmósfera, y el contagio es inminente.

Entonces los ingenieros empapan lienzos en cloro y se los atan al rostro, y sigue aquel repugnante espectáculo de despedazar á los muertos, y se ven por todas partes cráneos de mujer mutilados; y girones de ropa, y cadáveres de niños y de hombres, y astillas de ataúdes.

¡Aquel cuadro no podía contemplarse sin horror!

Por la parte derecha del convento los zuavos se han apoderado de la iglesia y de la portería, por donde hacen disparos continuos. Ya han logrado tomar la artillería del parapeto que da su frente al Pitimín; entonces por una horadación sale de la manzana una columna compuesta de los restos de Toluca, y avanza sobre los zuavos á la voz de Padrés y del jefe de los ingenieros. Los jefes se lanzaron los primeros, y seguidos de sus soldados, sin detenerse arrojan al enemigo y lo rechazan y lo acribillan sin compasión.

Llega Toluca al frente de la portería; Ochoa coloca una pieza de montaña, á cuyo disparo cae aquella puerta que cede á la descarga, y entre el humo y las astillas penetran los valientes batallones, llevando á la vanguardia al heroico Méndez que cae atravezado por las balas de los zuavos.

Los franceses, envueltos en las nubes de pólvora, toman amedrentadas el paso de los corredores, donde los reciben á descargas cerradas los soldados de del hijo Veracruz.

Aquel golpe inesperado los desmoraliza, y siguen huyendo



hasta entrar en una espaciosa galera, donde hacen un débil esfuerzo y los acuchillan y hacen prisioneros los mexicanos.

Oyéñese de súbito algunas fuertes detonaciones en los claustros, como estallidos de bombas y granadas, á cuyas detonaciones se mezclan gritos terribles y alaridos desesperados.

Aquella alarma era producida por más de doscientos zuaivos que buscaban en vano la brecha para huir á su campamento y eran seguidos á la balloneta por los mexicanos.

Gagern y Ghiraldi con Zacatecas han cortado la retirada; entonces los franceses retroceden, y se encuentran con rifleros al mando de Zalazar, que los detiene á la balloneta. Tornan á buscar la brecha, la encuentran al fin, pero los zapadores están allí y los rechazan.

Desesperados, jadeantes, con los labios arrojan espuma sangrienta y la vista extraviada, buscan la salvación entrándose en un corredor de arcos cerrados, y defienden la puerta de entrada con un valor sobrehumano; pero el techo de aquel corredor está poblado de aparatos compuestos de pequeñas tablas, que sostienen en su superficie horizontal numerosas granadas de mano; aquellas tablas, al entrar los zuaivos, cambian su posición en un plano inclinado de rápido descenso, á la vez que se incendian instantáneamente todas las espoletas que comunican su bien calculado fuego, y revientan al caer en el corredor donde estaban los refugiados.

Pasado aquel momento de muerte, los que sobreviven se entregan prisioneros.

Negrete llega á las puertas del convento con la reserva y Alatorre, con más fuerzas de Zacatecas, y deciden los últimos momentos de la lucha en una espléndida victoria.

Aquella jornada, en la que rivalizaron en disciplina, arrojo y decisión aquellos batallones, será una página sombría en la historia de Francia, y un timbre de heroísmo para los valientes que supieron poner tan alto el honor de su patria.

## VII.

¡Gloria á vosotros, mártires de la libertad, cuya sangre ha salpicado los derruidos muros de Santa Inés.

¡Gloria á vosotros, que habéis sucumbido en la lucha gigante de nuestra independencia, muriendo al pié de ese estandarte que, clavado sobre nuestras tumbas, es la vela que al viento de la gloria llevará nuestro nombre á los mundos del porvenir, entre el himno de cien y cien generaciones!

## CAPITULO IX.

### LA AGONIA DEL HEROE Y LA AGONIA VULGAR.

#### I.

Santiago González había acompañado al General Ghilardi en la defensa de Santa Inés.

El estudiante sintió una conmoción desconocida en su espíritu, vió alejarse los albores de su juventud en el horizonte de la vida, y caer las nieblas de una tristeza profunda en el estrecho cielo de su alma.

Santiago González había tenido una existencia tranquila y apacible, sin pensar en el porvenir, y viviendo con el día; sus esperanzas se ensanchaban hasta creerse un doctor con una fortuna regular, y nada más.

Fuera del círculo del colegio, nada le agitó hasta entonces seriamente; pero al espectáculo formidable de la guerra, su espíritu despertó del profundo letargo en que se hallaba, y comenzó á percibir algo desconocido que lo hacía ensancharse como una vela sacudida por el vendabal.

El estudiante oyó con terror las primeras detonaciones, tembló ante el peligro, pensó un instante en la fuga; pero después entró en el reposo, desdeñó el peligro y acabó por amar-lo.

La tormenta de fuego llegó á regocijarle con una alegría expansiva, feroz, y de una satisfacción audaz y siniestra.

El estudiante se paraba en el silencio de la noche sobre los parapetos delante de su alma atrevida y valerosa, llamaba á gritos á la muerte, no porque deseara que viniese, sino por ostentación ante su mismo ser.

Después de los combates recorría el campo, y sus plantas resvalaban entre la sangre detenida en charquerones entre los escombros.

Aquello era un vértigo inexplicable, una satisfacción del infierno.

Después su corazón comenzó á converger por el lado del amor patrio; amaba los campos, el cielo, las montañas, el horizonte.

—Todo esto es mío. este conjunto forma la patria, pensaba el estudiante, y sentía celo de ver á los franceses bajo la sombra de los árboles, y apagar su sed en las purísimas linfas del agua.